

Cristianismo y mujer

Isabel GÓMEZ-ACEBO

Teóloga. Universidad Pontificia Comillas. Madrid

INTRODUCCIÓN

Uno de los fenómenos sociológicamente más relevantes de este siglo es la incorporación de la mujer en masa al mundo de la vida pública. Hoy, cualquier campo de trabajo o de estudio cuenta con mujeres preparadas y dispuestas a colaborar con los varones en todas las tareas.

El mundo religioso ha entrado con un poco de retraso en esta tendencia. En primer lugar, porque las grandes religiones establecidas tienden al conservadurismo y ven con malos ojos cualquier innovación y en segunda instancia, porque las mujeres no estaban en condiciones de contrarrestar sus argumentos contra la emancipación femenina. Este hecho se comprende fácilmente si se tiene en consideración que los estudios de la teología en el mundo católico estaban reservados a los seminarios y que las escasas mujeres protestantes que los habían cursado no querían comprometer su fama ocupándose de asuntos feministas. Pues el feminismo tiene en general mala prensa ya que lo que propugna es una nueva distribución de la baraja que no deje todos los triunfos en manos del varón. El cambio genera incertidumbre y se defiende: «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

Hizo falta tiempo, pero poco a poco se han ido incorporando voces a un discurso religioso interesado en conocer la aportación recíproca de cristianismo y mujer. Con toda honestidad hay que reconocer que el gran peso lo han llevado las mujeres protestantes que pudieron cursar sus estudios en universidades estatales y que hoy día, ordenadas sacerdotes en gran número, han hecho de la teología su vida profesional.

Son varios los frentes abiertos y en discusión entre las mujeres y las Iglesias, sobre todo la Iglesia católica que es la que más se ha resistido al cambio. Unos frentes que han servido de acicate para el estudio y la comprensión de lo que fue el primitivo seguimiento de Jesucristo y los caminos por los que discurrió el pensamiento y la *praxis* posterior de la Iglesia. Unos frentes que han puesto de relieve la influencia que el pensamiento religioso ha tenido para fundamentar la subordinación de la mujer. Afirmaciones consideradas como inamovibles, hoy hacen agua por muchos flancos ante las investigaciones femeninas.

La intención de estas líneas es reflejar lo que fue el primitivo movimiento de Jesucristo y el desarrollo de las primeras comunidades cristianas, para poner de relieve la comprensión que de la sociedad y de la religión aportaba el nuevo credo además de los cambios que introdujo en la sociedad greco-romana de los primeros siglos de nuestra era. Acto seguido y, mediante grandes pinceladas, veremos las diversas corrientes que influyeron en el cristianismo y que han sido vitales para la comprensión que de la mujer tiene nuestro credo, para terminar con el cuestionamiento que hacen las mujeres a los tratados tradicionales de la teología y que consideran no tienen en consideración las aportaciones de nuestro género.

I. EL CRISTIANISMO Y LAS MUJERES

Jesucristo y las mujeres

Hoy, frente a un pasado que veía el movimiento del nazareno como totalmente distinto al judaísmo hay una tendencia a comprender el cristianismo como una rama que nació del tronco judío y de la que luego se desgajó; una secta dentro del judaísmo que por sus características revolucionarias estaba llamada a romper con el mundo de los rabinos. ¿Qué significaba para el mundo femenino ese mensaje? Un cambio radical.

En la Palestina de los albores de la era cristiana los dueños absolutos de la hacienda, de los hijos y de las mujeres eran los varones que ostentaban la norma y la autoridad suprema. La mujer quedaba confinada al hogar y al cuidado de su familia gozando de una consideración social muy pobre. Su testimonio no era válido, se le consideraba incapaz de ostentar titularidad de bienes, no comía a la mesa, no se podía defender de un divorcio injusto... A nivel religioso tampoco su situación era envidiable. Los tabúes que el libro del Levítico había levantado sobre la sangre la imposibilitaban para officiar en el templo y declaraban impuro todo lo que ellas tocaban en los momentos de la menstruación y la cuarentena post parto. Una situación que no nos puede extrañar pues tenemos todavía en nuestro siglo casos semejantes y que resume admirablemente una oración que entonaban con frecuencia los varones judíos: «Gracias, Dios mío, por no haberme hecho mujer»¹.

Dentro de estos condicionamientos el mundo rural era más conservador, pues guardaba todas estas prescripciones, mientras que el mundo urbano era más abierto. También la condición de las mujeres de la diáspora (las que no habitaban en tierra Palestina) era menos restringida y de hecho muchas participaron en la vida religiosa, política y cultural de su entorno. Una participación menor en el judaísmo que en otras religiones, ya que los credos monoteístas tienen tendencia a relegar a las mujeres, pues la figura de Dios, aunque es en principio asexual, va tomando los rasgos del género masculino.

Recientemente han aparecido una serie de publicaciones que abogan por el hecho de que se produjo un pequeño movimiento de emancipación femenina en el mundo greco-romano que comenzó en los últimos años de la República y que se extendió hasta el reinado de Augusto. Este emperador, temeroso de los cambios (de nuevo el temor al

¹ Carol MEYERS en *Discovering Eve. Ancient israelite women in context*, Oxford University Press, N.York 1988, hace una buena descripción de la vida de las mujeres judías en el pre-cristianismo.

feminismo) que el nuevo *status* de la mujer podía producir en el Imperio, introdujo medidas para frenarlo². Estamos hablando de una independencia que nada tiene que ver, ni en volumen, ni en calidad, con el movimiento de este siglo, pero que tiene su interés, pues coincide en el tiempo con las enseñanzas de Jesús y pudo servir de ayuda para la incorporación masiva de las mujeres a su credo.

Parece indudable que Jesucristo frecuentó un número elevado de mujeres durante su vida pública, que éstas le siguieron como discípulas y que consiguieron un lugar privilegiado entre los suyos. María Magdalena fue llamada el apóstol entre los apóstoles; las mujeres son las únicas que según los evangelios permanecieron fieles en el momento de la muerte; las primeras en testificar su resurrección; fue su maestro, su médico, no se consideró contaminado por el roce de una menstruante, no las valoró como vientres fecundos ni pechos generosos: «Benditas más bien las que escuchan la palabra de Dios y la siguen»; no aprobaba el divorcio judío, que dejaba a las mujeres indefensas... El campesino de Nazaret parecía mostrarse mucho más abierto a la condición femenina que la mayoría de sus contemporáneos.

Toda su comprensión de la persona y de la sociedad, todo el mensaje de Cristo hay que entenderlo desde la escatología judía. El nuevo eón que esperaba el pueblo elegido había llegado con él, el reino de los cielos había comenzado a ser efectivo en la tierra. En esa nueva tierra ya no había lugar para los viejos códigos, ni para las estructuras de la sociedad patriarcal y jerárquica. Todo aquel que le quisiera seguir debía de ser capaz de romper con las ataduras que le mantenían preso ya sea de la familia, de la ley, del templo...

Jesucristo daba por terminada la familia judía, una familia con características de clan, muy poco solidaria con los de fuera y con fuertes presiones de comportamiento interno. Los códigos de honor para los varones y de vergüenza para las mujeres (fundamentalmente centrados en el sexo) típicos de la sociedad mediterránea se imponían con fuerza³. Una familia, donde las mujeres eran propiedad de sus padres y de sus maridos, y donde su importancia era medida en función de su procreación, especialmente si lo era de hijos varones. A esa familia Jesús le pide que no llame a nadie padre en este mundo, mientras que cuando alude a la nueva familia que con él se inaugura, sólo incluye en ella a: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quién cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi madre y mi hermana» (Mc 3,35). No hay lugar para desigualdades, ni para padres todopoderosos en sus filas.

El templo deja de ser necesario, pues todo ser humano puede adorar a Dios en espíritu y verdad sin necesidad de acudir a un lugar especial, lo que también deja en entredicho y fuera de contenido al sacerdocio cultural israelita. Todos los seguidores de Jesucristo son sacerdotes existenciales, incluidas las mujeres, pues se eliminan los sacrificios de animales y se sustituyen por la propia vida. Desaparece también el sacerdocio como institución mediadora, pues el único mediador entre Dios y los hombres es el propio Jesucristo.

Por último, su mensaje también acaba con la ley mosaica, pues exige ir mucho más lejos. La meta del cristiano es ser santo como el Padre celestial y eso no se cumple realizando preceptos externos sino dedicando la vida entera a seguir al Maestro.

2 Ver Kathleen E. CORLEY, *Private women, public meals*, Hendrickson, Peabody 1993, p. XV.

3 Bruce J. MALINAS, *El mundo del Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 1995, tiene todo un capítulo sobre el honor y la vergüenza como los valores centrales del mundo mediterráneo en el siglo I, es decir, en tiempos de Cristo; pp. 45-81.

Las primeras comunidades

¿Estaban los discípulos preparados para implantar unos cambios tan radicales? Muerto el Maestro intentaron poner en práctica y llevar a la vida su forma de entender religión y sociedad. En la nueva religión no cabían diferencias entre judíos y griegos, amos o esclavos, varones o mujeres ya que todos se hacían uno en Cristo Jesús (Gal 3,28). Pronto hubo un intento de cerrar fronteras y obligar a todos los que provenían del paganismo a hacerse judíos previamente. Este intento de poner barreras, de clasificar y de cerrar puertas será la tentación perenne de la Iglesia. En este caso no prosperó, fomentando que la joven religión adquiriera tonos de universalidad pero otros intentos posteriores sí lo consiguieron.

Aunque los cristianos acudían a rezar a las sinagogas, sus rituales más propios tenían lugar en las casas particulares. Allí se reunían para comer y celebrar la eucaristía. Estas circunstancias permitieron un gran protagonismo femenino ya que las barreras público-privado quedaban borradas; eran comidas en un entorno familiar que abría sus puertas a extraños a la familia biológica. Socialmente las mujeres de buena reputación y de clase alta no asistían a comidas públicas, una costumbre asociada con las de clase más baja a las que se tachaba de esclavas o prostitutas. Eran en cambio frecuentes las comidas inclusivas para ambos sexos en los grupos con mayoría de esclavos o de personas que habían conseguido la libertad. No nos puede chocar que, a la vista de estas costumbres, el crítico pagano Celso, en el s. II de nuestra era, declarara despreciativamente al cristianismo como una religión de mujeres, niños y esclavos⁴.

¿Qué protagonismo alcanzaron las mujeres en estos primeros años? En primer lugar, tenemos referencia de las que ostentaban una buena posición económica y prestaban sus casas, por su mayor tamaño, para las celebraciones cristianas. Conocemos el nombre de algunas por el NT como Lidia en Hech 16 o María en Hech 12,12 que posiblemente presidieran como anfitrionas las eucaristías que allí se celebraban. Aparte de las razones religiosas el reconocimiento de ese liderazgo podía llevar aparejada la intención de que la asistencia económica no faltara.

Además de la presidencia, por diversas fuentes conocemos que las mujeres durante las cenas cristianas profetizaban en alto (1 Corintios). El fuerte acento en los primeros años en la tradición oral facilitó esta participación femenina en general menos letrada que los varones. Además la autoridad de las mujeres para recibir mensajes divinos en calidad de profetas era moneda corriente en la sociedad greco-romana con lo que el cristianismo no tuvo más que seguir sus pasos. Al final del s. II se produjo una revitalización de la profecía en boca de mujer especialmente en la zona de Asia Menor donde su autoridad se ponía en parangón con la Sagrada Escritura⁵.

Incluso encontramos en el Nuevo Testamento referencias a mujeres en facetas de liderazgo. Se nos habla de Priscila, esposa de Aquila, en una faceta de magisterio y de ayuda al propio Pablo (Hech 18,26); de Febe como diácono de la Iglesia de Cencreas (Rom 16,1); de Junia como ilustre apóstol de Cristo (Rom 16,7)... testimonios reducidos pero que manifiestan una participación dirigente de las mujeres en los primeros años de cristianismo.

4 ORÍGENES, *Contra Celso*, 3.44.

5 Karen J. TORJESEN, *When women were priests. Women's leadership in the early church and the scandal of their subordination in the rise of christianity*, Harper & Row, San Francisco 1995, p. 29.

Hoy ha quedado claramente probado que numerosas mujeres alcanzaron el grado de presbítero en la Iglesia cristiana y que no existe una tradición monolítica defendiendo su exclusión. Ante los numerosos ejemplos de lo contrario la Iglesia ha defendido la heterodoxia de esas comunidades, ha postulado que el nombre de Junia correspondía a la abreviatura de Junianus, ha traducido el calificativo de diácono de Febe por diaconisa (todavía lo hace la Biblia de Jerusalén), título de menor cuantía y que corresponde a una categoría que nace en el s. III para atender y bautizar a las mujeres, ha defendido que en las lápidas donde figura *presbytera* se está haciendo referencia a la esposa del sacerdote...⁶. Ha sido la insistencia de la investigación femenina la que ha desvelado estos datos dejando claro que una interpretación preconcebida cerraba los ojos a la realidad.

Hay que hacer mención especial de una característica específica de los primeros años de cristiandad: la tendencia de las mujeres a renunciar al matrimonio, una renuncia que llevaba aparejada el rechazo de los roles tradicionales de la mujer y que permitía alcanzar unos niveles de autonomía impensables en la mujer casada. A esa independencia que se conseguía era necesario sumar la idea de que la vida ascética y virginal constituía un camino privilegiado para acceder a la divinidad y alcanzar el poder de profecía, una costumbre que provenía del paganismo⁷.

Las cortapisas

Muy pronto se alzaron voces contra el protagonismo femenino en la nueva religión, un protagonismo que chocaba de frente con las costumbres que se llevaban a cabo en la sociedad romana. Desde el principio se formaron dos tipos de comunidad cristiana. En unas imperaban los principios igualitarios adquiriendo en ellas las mujeres una gran autonomía, un amplio espectro de roles públicos, posibilidad de acceso a un mayor grado de educación y menor presión sobre la necesidad de tener hijos. En otras, que reflejan las Epístolas Pastorales, sucede todo lo contrario y son los varones los únicos que ostentan la autoridad⁸. Los dos modelos de cristiandad perduran durante algunos siglos correspondiendo las comunidades más igualitarias a la zona de Asia menor más alejada de Roma.

El crecimiento del número de cristianos obligó a buscar locales para celebrar la eucaristía abandonando las casas particulares. Se demarcaban de nuevo las fronteras entre el mundo público y el privado a la vez que los nuevos templos tomaban para su funcionamiento categorías del judaísmo. Renace el sacerdocio cultural y se reintroducen las categorías de puro e impuro para el acceso al templo, pesando sobre el género femenino el fantasma de la sangre menstrual.

6 Son cuantiosas las obras que desvelan los lugares y las mujeres que ostentaron estos cargos, una tradición que perdura hasta el s.VI. Un pequeño resumen de lo ocurrido en los últimos años aparece en Giorgio OTRANTO, «Note sul sacerdozio femminile nell'antichità in margine a una testimonianza di Gelasio I», *Vetera Christianorum*, 19 (1982), pp. 341-360.

7 PLUTARCO, *Los oráculos de Delfos*, 405 CD aboga porque la pitonisa sea una jovencita virgen e inexperta para que pueda asociarse con más facilidad a Dios.

8 Ross Shepard KRAEMER, *Her share of the blessings. Women's religions among pagans, jews, and christians in the greco-roman world*, Oxford University Press, N. York 1992, p. 156.

Para comprender el proceso hay que reconocer la presión que sufre un grupo que intenta preservar su visión de la vida, pero que está necesitado de dialogar con la sociedad en la que vive y a la que está obligado a evangelizar. Esto explica la tendencia progresiva en los primeros siglos a reducir el liderazgo femenino en la Iglesia, que se contemplaba como algo subversivo, para sustituirlo por las reglas del patriarcado que imperaban en el mundo romano⁹.

Dos ejemplos nos pueden servir de muestra de lo que fue una tendencia generalizada. En primer lugar tenemos el evangelio de San Juan cuya versión original termina en el capítulo 20. María Magdalena se nos presenta como el modelo del discipulado. Ella no huye en los momentos de la tragedia y permanece leal y próxima a la cruz. Conclusión lógica de su comportamiento es que aparece como la primera testigo de la resurrección con la misión encomendada de comunicar el hecho a los hermanos.

Era demasiado protagonismo femenino, con lo que un copista añadió un final menos subversivo, incorporando el capítulo 21 como nuevo fin del evangelio y en el que Pedro es el gran protagonista. Recientemente se ha sugerido, como razón del cambio, que la comunidad de Juan quería incorporarse a los que consideraban a Pedro como cabeza de la Iglesia y el añadido era un gesto de buena fe¹⁰.

Otro ejemplo clarificador del movimiento de rechazo de las mujeres nos viene de la mano de los descubrimientos de la librería gnóstica de Nag Hammadi en 1945. Entre los libros encontrados aparece *El evangelio de María*. Es una obra que hace referencia a una antigua tradición sobre el liderazgo de María Magdalena y a su enfrentamiento con la figura de Pedro. En un momento dado Leví dice a Pedro: «Si el Salvador le reconoció su importancia. ¿Quién eres tú para rechazarla?».

Parece claro que los argumentos contra las mujeres en puestos de responsabilidad emergieron pronto, argumentos que no respondían a presuntas hipótesis sino al hecho real de que las mujeres bautizaban, presidían, profetizaban, enseñaban, perdonaban... La carta I Timoteo deja claro que el problema fundamental estriba en el hecho de la autoridad femenina sobre los varones, que parece atenta contra el orden de la creación¹¹. Pero esto es entrar en el próximo apartado.

La fundamentación del rechazo

Era necesario buscar argumentos que justificaran las cortapisas al género femenino tan contrarias a la política igualitaria de Jesucristo. Se buscaron, se encontraron y se defendieron. Por un lado se apoyaron en la filosofía helenista que imperaba en la sociedad greco-romana y por otro se aportaron argumentos de tipo religioso.

1. Argumentos filosófico-sociológicos

Tres pilares sustentaban la sociedad de los primeros siglos de la era cristiana. En primer lugar el **patriarcalismo** que supone dejar el gobierno de la nación y el mundo familiar en

9 Margaret Y. MACDONALD, «The social setting of 1 Cor 7», *New Testament Studies* 36 (1990), p. 181.

10 Karen J. TORJESEN, o.c., p. 34.

11 Ross Shepard KRAEMER, *Her share of the blessings. Women's religion among pagans, jews and christians in the Greco-Roman world*, Oxford University Press, N. York 1992, p. 195.

manos de los varones; un patriarcalismo que dejaba algún tipo de autonomía a las mujeres en el espacio del hogar pero que veía con profundo resquemor sus incursiones en la vida pública. Allí estaba en juego el honor del varón que la conducta deshonesto de la mujer ponía en entredicho; honestidad se hacía igual a enclaustramiento imposibilitando funciones de puertas afuera.

En segundo lugar tenemos la división de la sociedad según un sistema **jerárquico** fuertemente establecido. Todos los seres quedaban clasificados en categorías de tal manera que cuanto más materia más alejados de la cúspide. En la cima de la pirámide se sentaba el varón y se relegaba a la mujer a la que se consideraba naturaleza y materia en contraposición al mundo de la cultura y del espíritu encarnados en su compañero. No nos puede sorprender esta consideración, pues bien entrado este siglo, en 1936, cuando se reunió la Comisión de Obispos Anglicanos para discutir la posible ordenación sacerdotal femenina llegaron a una conclusión negativa dando el siguiente argumento: «Creemos que acordar la ordenación femenina *tendería a una disminución del tono espiritual del culto cristiano*». Es difícil comprender la argumentación, pero indudablemente hacen alusión a una condición de la mujer situada escalones abajo.

La razón final está en la tendencia a contemplar la realidad en un **dualismo** que contraponen a los dos elementos del par, en este caso a los varones y a las mujeres, declarando a uno de ellos superior; una superioridad proveniente de la declaración de la igualdad entre mujer y naturaleza que proviene de Platón. Éste en el *Timeo* habla de la tierra como una gran nodriza, una generosa mujer que atendía a las necesidades de la humanidad. Un camino que siguen muchos pensadores clásicos como Séneca, Ovidio, Plinio... y muchas civilizaciones antiguas distintas de la occidental y que ha perdurado durante siglos: mujer igual a naturaleza.

¿Qué es lo que inspira en el hombre esta semejanza entre naturaleza y mujer? El hecho real de que la tierra es nuestra madre auténtica y no un mero simbolismo poético ya que estamos condicionados por el agua que nos suministra, la alimentación que nos nutre, el paisaje que nos rodea, la luz que nos envuelve... Por otro lado, la mujer sufre unos cambios fisiológicos que se pueden comparar con los ritmos de las estaciones de nuestro planeta.

El terreno quedaba abonado para que resurgieran con fuerza las teorías de Platón y Aristóteles sobre la pasividad de la materia y su subordinación al espíritu. Se identificaba a la mujer con la naturaleza en su sentido pasivo. El varón colocaba la semilla como el sembrador los granos en la tierra; tierra y madre (según los conocimientos de la época) sólo tenían el papel secundario de aportar el medio en el que la semilla fructificara¹².

En el mundo filosófico perduran algunas de estas ideas, el conocido filósofo Max Scheler, en este siglo, afirma que «la mujer es el ser que más pertenece a la tierra, es más parecida a una planta, más dispuesta a aceptar como un todo las experiencias por la que pasa, es conducida por el instinto, el sentimiento y el amor con más fuerza que el hombre». Y en otro lugar: «Con la pacífica resignación del árbol está en la vida frente al angustioso drama del género masculino, siempre concentrado en agarrarse con fuerza a los principios fundamentales y orientativos de nuestra especie»¹³. Planta, árbol, instinto...

12 He tratado este tema en «El cuerpo de la mujer y la tierra», capítulo del libro *Para comprender el cuerpo de la mujer*, de Mercedes NAVARRO (Ed.), en Verbo Divino, Estella 1996.

13 Cita en C. HALKES, *New creation. Christian feminism and the renewal of the earth*, SPCK, Londres 1991, p. 70.

2. Argumentos religiosos

En medio de este ambiente filosófico-sociológico los cristianos también buscaron razones de tipo religioso para apoyar la subordinación de las mujeres. Arrastraban una comprensión de Dios proveniente del judaísmo según la cual sólo se habían utilizado simbolismos masculinos para hablar de él; un dios que en principio era asexuado, pero que siempre se había comprendido como varón. Su relación con Israel, la alianza, se simbolizaba con metáforas matrimoniales según las cuales Yahvé era siempre el esposo y ella, el pueblo elegido, afianzando con ello la jerarquización de los dos géneros. Para colmo la conducta de la esposa era de permanente adulterio.

El cristianismo buscó la primera fundamentación para la subordinación femenina en la Biblia sacando del olvido los primeros capítulos del Génesis en los que se hacía referencia a la creación y a la desobediencia del ser humano. Se forzaron los textos y se encontró lo que se buscaba.

El autor sacerdotal había dejado bien claro que Dios había creado a su imagen al ser humano: «varón y mujer los creó, a su imagen los creó» (Gén 1,27). Esta afirmación de igualdad supone una base antropológica sobre la que deben asentarse unos principios igualitarios y por ello la sociedad patriarcal intenta recortarla. Era difícil admitir que las mujeres dependientes de los hombres en la vida social pudieran tener una igualdad de dominio para regir el cosmos en paralelismo con sus compañeros.

El propio Pablo que ha escrito en Gálatas 3,28 que entre los seguidores de Cristo no puede haber diferencias asegura en 1 Cor 11,7 que: «El hombre no debe de cubrirse la cabeza pues es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre». Sin embargo, hay un curioso camino que permite a las mujeres el alcanzar esa imagen divina que recorta Pablo y que no es otro que convertirse en varones. Orígenes, San Agustín, San Jerónimo, el autor del *Evangelio de Tomás* preconizan esta vía.

La explicación nos la da San Jerónimo en su comentario a la Epístola a los Efesios. «En la medida que una mujer esté sujeta a embarazos y cuidado de los hijos es diferente de los hombres, igual que el cuerpo es distinto del alma. Si escoge seguir a Cristo y no al mundo deja de ser considerada una mujer y se la puede llamar varón ya que todos aspiramos a convertirnos en el varón perfecto»¹⁴. El camino ascético es el que le abre las puertas de la salvación, el abandono de su faceta maternal.

Y es que en los primeros años del cristianismo se empieza a dar gran relevancia a la virginidad e incluso a la continencia dentro del matrimonio. Algo que también defiende el mundo pagano que considera la relación conyugal como debilitante para el ser humano. Algunos de los defensores cristianos relacionan el estado virginal con el Paraíso y abogan por volver a esos orígenes; el matrimonio fruto del pecado no había formado parte del plan primigenio de Dios. Al casarse se seguía un instinto animal que alejaba del estado angélico del Edén¹⁵.

El camino estaba abierto para culpar a Eva que, seducida por la fruta, al ofrecerla a su compañero se convertía en seductora del varón. Un camino que la misoginia por afinidad hacía

14 PL 26 p. 567. Cita en Kari Elisabeth BORRESEN, (Ed.), *The image of God. Gender models in judaeo-christian tradition*, Fortress Press, Minneapolis 1995, p. 180.

15 Isabel GÓMEZ-ACEBO (Ed.), *Relectura del Génesis*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1997, p. 53.

seguir a todas las mujeres. Tenemos un buen ejemplo de este desarrollo en 1 Tim 2,13-14 cuando afirma: «Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán sino la mujer, que seducida incurrió en la transgresión».

Los pasos condenatorios para todo nuestro género lo van dando en progresión los Padres de la Iglesia. Tertuliano es muy explícito en este texto que reproduzco: «¿Sabéis que sois todas Evas? La sentencia de Dios sobre vuestro sexo vive hasta hoy. Sois la puerta del diablo; la primera en tocar el árbol prohibido; la primera en abandonar la ley de Dios; la que persuadió a quien la serpiente no se atrevió a atacar. Destruisteis con gran facilidad la imagen de Dios que es el varón. Es mérito vuestro la muerte, incluso haciendo que el Hijo de Dios tuviera que morir.»¹⁶.

Nos encontramos con que nacidas en segundo lugar, con la exclusiva misión de ayudar al hombre (¿en la procreación?), con una imagen de Dios reducida, de naturaleza débil y por ello terreno fértil para una pobre catadura moral... la exégesis de los primeros capítulos del Génesis daba buen pie para exigir la tutela y el dominio sobre las mujeres por parte de los varones. Así se hizo y se defendió durante siglos.

Pues el camino emprendido no se altera con el paso del tiempo. Santo Tomás continúa una reflexión sobre la mujer que sigue basando en los postulados de Aristóteles. En su comentario a 1 Cor 11,7 concluye que el varón revela con más fuerza la imagen de Dios en cuanto que su razón es más poderosa. Considera que la mujer es un varón deficiente, fruto de una semilla que no ha alcanzado la ejemplaridad por debilidad intrínseca o por causas externas (como la influencia de un viento húmedo). El resultado exige que la mujer se mantenga subordinada al varón en cuyo estado fue creada.

Estos mismos principios socio-biológicos son los que en el *Suplemento a la Suma Teológica* ofrece para obstaculizar la posibilidad de que las mujeres sean ordenadas al ministerio sacerdotal. La servidumbre, argumenta, resulta un impedimento esencial para el sacramento lo que hace que la mujer por su carácter de sujeción quede invalidada. En orden a la coherencia y conector de que las mujeres ostentaron cargos en la Iglesia primitiva de diáconos y presbíteras aclara que las «diaconisas» eran mujeres que participaban de algunas funciones de los diáconos, mientras que las presbíteras es un término que hacía referencia a viudas o ancianas, pues *presbyter* equivale a persona de mucha edad¹⁷.

Los reformadores no alteran sustancialmente las consideraciones sobre el género femenino ya que se basan sobre todo en los Padres de la Iglesia. Quizás lo más significativo es la abolición del celibato como camino superior para las mujeres y como requisito para la ordenación.

Lutero rechaza todas las afirmaciones que clasifican a las mujeres como varones mal formados y reconoce que nuestro sexo participa plenamente de la dignidad humana. Con todo, nuestra naturaleza es más débil y no es capaz de igualar la gloria y valor del varón; todo por culpa del pecado de Eva. Un pecado que tiene para Lutero unos castigos serios que exigen además de los dolores del parto su confinamiento en el hogar, «como un clavo en la pared» y sin posibilidad de protagonismo alguno en el mundo público. Todas la mujeres que en el AT o

16 TERTULIANO, *Sobre el traje femenino*, 1,1.

17 Para el desarrollo del pensamiento de Santo Tomás se puede consultar a Kari Elisabeth BORRESEN, o.c., pp. 221-227.

en el NT tuvieron algún tipo de liderazgo eran solteras puesto que las mujeres nunca pueden estar por encima de sus maridos.

Calvino, más influenciado por la cultura francesa y especialmente por las *querelles des femmes*, concede, aunque sin entusiasmo, la posibilidad de que las mujeres puedan gobernar si es que la cultura en la que viven lo posibilita. Algo que también se puede dar en la Iglesia. Con esto, el ginebrino deja la puerta abierta al cambio, aunque no creo que jamás imaginara lo mucho que esas puertas se podían abrir¹⁸.

La teología moderna no se ha desembarazado plenamente de estos postulados. Dietrich Bonhoeffer, en su tratado de 1933 sobre la Creación y la caída, asegura que considera a las mujeres más débiles que los varones y que por esta razón la serpiente se dirigió a Eva. Karl Barth, Jürgen Moltmann, Emil Brunner... utilizan el concepto de *analogia relationis*, para explicar la relación Dios-hombre como análoga a varón-mujer. Ni que decir tiene que, en la medida que no hagamos desaparecer la idea de que Dios es superior al ser humano, la comparación entre los sexos será siempre jerárquica. Emil Brunner es coherente y pide a las mujeres que comprendan su auténtica naturaleza femenina y que voluntariamente se sometan a estos roles de ayuda al varón¹⁹.

Los documentos papales también están influenciados por los 2000 años de tradición. Pío XII en *Casti connubii* sigue echando mano de San Agustín para afirmar una jerarquía del amor en el matrimonio y en la sociedad doméstica. Dice así:

«... la primacía del varón sobre la mujer y los hijos como la diligente sumisión de la mujer y su rendida obediencia, recomendadas por el apóstol con estas palabras: 'Las casadas que estén sujetas a sus maridos...'. El grado y modo de la sumisión puede ser diverso según las varias condiciones... Pero tocar o destruir la misma estructura familiar y su ley fundamental, establecida y confirmada por Dios, no es lícito en tiempo alguno ni en ninguna parte.»

En 1976, *Inter insigniores*, afirmaba que la prohibición para que las mujeres ejercieran los ministerios sacerdotales formaba parte del plan divino de la creación y no se podía achacar a un hecho cultural. ¿Se estaría basando en los primeros capítulos del Génesis? Por otro lado, se afirmaba que las mujeres eran ontológicamente incapaces de ser ordenadas por no ser imágenes de Cristo. Una afirmación que pone en contradicción la teología y la antropología. ¿Podemos ser imágenes de Dios en igualdad con los varones y no de Jesucristo?

Hay que agradecer a Juan Pablo II que, en su carta sobre la ordenación de las mujeres de 1994, abandone muchos de los argumentos tradicionales que hacían hincapié en nuestra inferioridad esencial para basarse fundamentalmente en razones de tipo histórico. Jesucristo no eligió mujeres entre los doce y la Iglesia siguió el mismo camino que había marcado el Maestro. El argumento es pobre, puesto que el «no» sin afirmación explícita del por qué, tiene muy poco valor. Jesucristo no hizo muchas cosas y ello no nos permite sacar conclusiones. Por otro lado, entre los 12 no había ningún no-judío y ello no ha sido obstáculo para que se

18 Ver también Kari Elisabeth BORRESEN, o.c. para todas las referencias sobre los reformadores, pp. 238-261.

19 *Ibidem*, 281-284.

ordenaran personas de otras etnias y religiones. Tampoco, como cada día está quedando más demostrado, la praxis de la Iglesia fue tan monolítica en los primeros tiempos y de hecho la exclusión de las mujeres de puestos de liderazgo fue como respuesta a las presiones del entorno.

II. MUJER Y CRISTIANISMO

Hasta ahora hemos ido viendo lo que el cristianismo ha pensado y defendido sobre las mujeres, un pensamiento que en su mayor proporción ha crecido sin poder contar con nuestra opinión. A lo largo de todos los siglos siempre ha habido voces que han disentido de la presunta subordinación ontológica de las mujeres, pero hay que reconocer, que ha sido el movimiento de emancipación femenina de este siglo el que ha puesto las cartas boca arriba, cuestionando muchos de los postulados tenidos por inamovibles durante siglos.

Pero el interés no se ha centrado exclusivamente en el estudio del puesto de la mujer en las Iglesias, sino que, con mayor o menor acierto, las mujeres han sometido a debate los grandes tratados de la teología con la pretensión de ofrecer a la comunidad un desarrollo conceptual distinto que pueda resultar enriquecedor para todos²⁰. Ofrezco en las siguientes líneas algunas de las reflexiones sobre los temas más importantes de nuestro credo; reflexiones pobres todavía, pues esta reflexión sólo cuenta con 30 años de andadura de los cuales los 10 primeros se emplearon en la denuncia de la situación femenina en la Iglesia.

1. El Tratado sobre Dios

Uno de los primeros problemas que se han detectado es la utilización en exclusiva de imágenes masculinas para hablar de Dios, una práctica que lleva detrás la idea de que las mujeres somos ciudadanos de segunda categoría, imposibilitadas para representar la magnificencia divina²¹.

Se postula una feminización de Dios que puede aportar a la teología profundas intuiciones. Todas las ideas de cercanía, de ternura, de cariño y afecto que hemos relacionado con la madre y que están en condiciones de suavizar la imagen autoritaria y judicial del Padre eterno en la que hemos podido caer. Un cuadro que encaja perfectamente con las imágenes del padre-materno que nos desvela Jesucristo; un cuadro que puede ser muy útil en nuestra sociedad, en muchas familias, donde la figura del padre ha desaparecido o no es excesivamente ejemplar.

Al paio de esta reflexión, creemos las mujeres que hay que revisar muchos de los símbolos y conceptos que utilizamos para hablar de Dios y que han podido quedar obsoletos en el mundo actual. No se critica en exclusiva la masculinización de Dios sino otras facetas de

20 He tratado este tema con anterioridad en la revista *XX Siglos* VII 30 (1996/4-5) pp. 41-51 con el título «La emancipación femenina y su repercusión teológica».

21 Son muy numerosas las obras que hacen referencia al tratado sobre Dios desde la óptica de la teología feminista. Podemos citar a E.A. JHONSON, *She who is. The mystery of God in feminist theological discourse*, Crossroad, N. York 1993, y a S. MCFAGUE, *Modelos de Dios*, Sal Terrae, 1993. Mi propia obra, *Dios también es madre*, San Pablo, 1994, entra en esta categoría.

su esencia y hacer. ¿Se puede seguir hablando de la impasibilidad de Dios, un concepto más propio de la filosofía griega, y, a la vez, hacer referencia a su cercanía al hombre y a su oferta de amistad? Sentir compasión ¿no es un sentimiento que todo hombre religioso quiere que su Dios comparta?

Se postula el uso del concepto trinitario frente al de monarquía, pues el primero ayuda a comprender a un Dios que vive dentro de su propio ser la relación, la interdependencia, la fraternidad, la igualdad... Mientras que las nociones de reino y monarquía tienen el peligro de hacernos caer en sistemas de jerarquización contrarios a la esencia del cristianismo.

Se ofrecen otras alternativas para hablar y pensar sobre Dios: el Dios amigo, hermano, el Dios que sufre, el Dios que forma parte del mundo... alternativas que no se han utilizado en exceso y que acercan la divinidad al mundo en el que vive el hombre y a sus problemas. Todos somos conscientes de que no se puede hablar de Dios con propiedad, pero también de que en la medida en que seamos capaces de crear imágenes en consonancia con el Dios revelado en Jesucristo, más profunda será nuestra comprensión. Son los místicos, los más cercanos a Dios los que son capaces de verle en todas las criaturas.

2. La Cristología

Ya hemos visto cómo la masculinidad de Jesús ha servido de argumento para desprestigiar a las mujeres ya que para la escolástica era una necesidad ontológica y no un mero accidente histórico. ¿No es más lícito pensar que Jesucristo se encarna en la persona humana con indiferencia del sexo que asume? En la Palestina del s. I hubiera sido impensable que una mujer desarrollara la vida itinerante que siguió Jesús; hoy, en muchos países también sería muy difícil.

La relación de Jesús con las mujeres a lo largo de su vida pública acaba con muchas cortapisas y tabúes, sus encuentros se consideraron contraculturales y prohibidos para un buen judío. Pero, incluso va más allá, pues, en ocasiones asume los roles asignados a las mujeres: Lloro, pide que los niños se le acerquen, siente preferencia por los más débiles, predica el amor compasivo, lava los pies de sus discípulos, no se conforma con partir el pan sino que lo distribuye... Actitudes más cercanas a las mujeres que a los varones de su época y que hacen de Jesús el ser que más ha balanceado el *animus* y *anima* de su ser (según la teoría junguiana); el ser humano que ha alcanzado la plenitud.

Otras mujeres han visto en el Logos cristiano el desarrollo de la teología judía sobre la sabiduría²². «La sabiduría ofrece vida, descanso, conocimiento y salvación a todos los que la aceptan; dirige, predica, corrige, manda profetas; es llamada santa, poderosa, inteligente, única...»²³, un trabajo que el cristianismo consideró que había sido cumplimentado por Jesucristo y que tituló cristología del Logos. Son imágenes que pueden servir para romper el patrón androcéntrico en el que se mueve el cristianismo.

22 Por ejemplo Judith E. MCKINAY, *Gendering wisdom the host. Biblical invitations to eat and drink*, Sheffield Academic Press, Sheffield 1996.

23 Elizabeth A. JHONSON, «The incomprehensibility of God and the image of God male and female», *TS* 45 (1984), p. 447.

3. La Mariología

Un panteón monoteísta con un Dios que asumió los rasgos de los varones necesitó recuperar la ternura con otra figura que fue la madre de Jesús. La doctrina mariana resultó ambivalente, pues si por un lado, recuperaba simbolismos femeninos, por otro, era necesario que quedara supeditada a la cristología con lo que de nuevo subordinaba la mujer al varón.

Además, la figura humana de María se fue descartando poco a poco para acabar siendo la realización del eterno femenino, esa idea idealizada que todo varón desearía fuese encarnada por su madre o su esposa y que ninguna mujer está en condiciones de realizar. La imagen creada reduce a las mujeres a un tipo asexuado y presenta como ideal las virtudes del silencio, sumisión, humildad, maternidad... Un modelo que no resulta atractivo para la mujer moderna y que ha dado como resultado que en los países de mayor devoción mariana sea donde más oprimidas están las mujeres.

Por ello, más que la recuperación de María como *rostro materno de Dios*²⁴, las mujeres teólogas buscamos, siguiendo los consejos del concilio Vaticano II, el encuentro con la María de los evangelios, una mujer abierta a la escucha de Dios y caminando, como todos los mortales, entre luces y sombras. Una mujer que sufrió la duda, que intentó comprender a un hijo que predicaba todo lo contrario de lo que ella creía, una mujer que tuvo que hacer todo el recorrido de la fe que le llevó de madre a discípula del Hijo y que muerto éste se situó en el seno de la comunidad sin prerrogativas. Con este planteamiento se reniega por igual de la María diosa que de la nueva Eva, ese modelo idealizado de mujer inalcanzable.

4. La Eclesiología

Hay quienes piensan que es el acceso de las mujeres al ministerio ordenado la prioridad en el discurso eclesiológico de la teología feminista, lo que no es cierto. Preocupa, como a todos los cristianos, la falta de vocaciones al sacerdocio y lo que ello supone de imposibilidad de contar con numerosos sacramentos, especialmente la celebración de la eucaristía, centro de la vida eclesial.

También preocupa la necesidad de una aceptación paulatina en la vida de la Iglesia de criterios de democracia mucho más afines al mensaje de Jesucristo y que nos permitiría no alejarnos de las concepciones políticas y sociológicas del mundo en el que vivimos. Unas estructuras eclesiales, que no aceptan esos planteamientos, tienen necesariamente que dejar a los laicos fuera de sus filas, al 100% de las mujeres, cuando devolver al estado laical su condición de sujeto de la Iglesia es un tema de urgencia.

A nivel de verdades, recelamos de los absolutismos y proclamamos que muchos seres humanos pueden poseer verdades parciales. Esta necesidad que proclaman las ciencias humanas se proyecta también en el campo eclesial considerando necesario el protagonismo laical, la polifonía de más voces, aunque alguna desafíe, en el concierto cristiano. El rebaño será menos uniforme, pero más persona, menos esclavo y más hijo.

24 Leonardo BOFF tiene un sugestivo libro con este título.

Dentro de una Iglesia, así concebida, que adopta los signos de los tiempos, defendemos la necesidad de aceptar mujeres al ministerio del orden ya que en el mundo occidental es la única institución que no nos reconoce la igualdad con respecto al varón. ¿Cómo puede la Iglesia predicar la igualdad si su organización no es igualitaria? Creemos, que no se pueden aportar, para defender esa exclusión, motivos teológicos ya que otras confesiones cristianas, con teólogos de enorme prestigio, no los han visto. Es más, aunque hubiera dudas, es mucho más escandaloso privar a miles de cristianos de eucaristía y penitencia que ceder ante una duda teológica de pequeño alcance.

5. La Ética

Uno de los temas más estudiados por las mujeres teólogas hace referencia a la noción de pecado y a su concepción en clave de orgullo y afirmación de sí. Nos parece que el planteamiento está hecho desde una perspectiva masculina, pues la falta de las mujeres suele venir de la minusvaloración o autovaloración negativa de su persona. Se propone una nueva definición de mal y de pecado desde la perspectiva de una distorsión fundamental de las relaciones; se contemplan como negativas todas las acciones que rompen la urdimbre del cosmos, las acciones que atentan contra las palabras del Creador: «vio Dios que todo era bueno».

La reflexión ética lleva también a las mujeres a plantearse la dejación que han hecho de su deber de participación en la construcción del mundo, dejar que la historia la hagan los hombres, no salir en defensa de los oprimidos por una falsa idea de que la identidad femenina pasa por la humildad y el sacrificio silente. Se cuestiona la política que ha impulsado seguir el ejemplo de una María desvirtuada que, sin embargo, olvida su entonación del *Magnificat*. Un olvido que, también, incluye el episodio de Jesús en el templo empuñando el látigo para defender los intereses de su Padre²⁵.

Muchas mujeres piden que no se vuelva la espalda al hecho de que gracias al control de la natalidad, sexo y procreación se pueden separar. Tener un hijo es hoy un esfuerzo para una familia donde la madre trabaja, tener muchos hijos es una tarea para la que muchos padres no se sienten preparados y eso hay que respetarlo. ¿No seguirá planeando la sombra del Génesis sobre muchos planteamientos que hacen referencia al sexo?

6. La Historia de la Iglesia

La historia la han escrito los hombres y en gran medida también es su hechura. ¿No ha habido mujeres cristianas que hayan aportado mucho a la Iglesia desde sus inicios? Ésta es la gran pregunta histórica femenina. Descubrir en el silencio nuestra participación es la tarea principal de estas teólogas, recuperar las gestas, los escritos, los pensamientos con la intención de enriquecer a toda la comunidad eclesial. Somos conscientes de que muchas hojas de la historia femenina son irrecuperables, otras se han perdido y hay que encontrarlas; la mayoría tienen que ser expurgadas de patriarcalismo y misoginia.

25 Creo interesante la lectura de J. PLASKOW, *Sex, sin and grace: women's experience and the theologies of Reinhold Niebby and Paul Tillich*, Washington 1980, que alude a muchas de estas cuestiones.

Se constata, como hemos visto, al hacer referencia a los primeros siglos de cristianismo, que en la medida que se fue institucionalizando el movimiento la participación femenina se fue relegando, dejándose contagiado por las costumbres del momento y que una lectura predispuesta de antemano ha sido incapaz de leer la realidad tal y como fue.

CONCLUSIÓN

Podríamos seguir haciendo referencia al tratado sobre el Espíritu Santo en el que tradicionalmente se han visto imágenes femeninas, a la necesidad de una nueva exégesis bíblica, a la antropología teológica, a la espiritualidad, al lenguaje religioso... pero mi interés sólo se ha cifrado en dar algunas pinceladas a la aportación femenina al mundo de la teología.

Tenemos que ser realistas y constatar que muchas mujeres tienen un resentimiento por la visión machista de la Iglesia. La vida social ha hecho un esfuerzo para incorporar a las mujeres a sus estamentos, mientras que la Iglesia Católica les sigue cerrando el paso a la jerarquía y a los puestos de decisión. Y eso se entiende mal.

Hay quienes dicen que la Iglesia perdió a los obreros en el s. XIX por aliarse con los empresarios; que a principios de este siglo perdió a los intelectuales por negarse a entablar un diálogo fe y cultura y que en los albores del s. XXI perderá a las mujeres por no escuchar sus reivindicaciones.

Se ha abierto la caja de Pandora y los vientos no se van a volver a encerrar. Las soluciones no vendrán añorando el pasado sino afrontando las nuevas situaciones con deseos de encontrar remedios. Eso es lo que intentan las mujeres que están dedicadas a la teología. Si en el cristianismo se han encontrado razones para justificar nuestra subordinación también está lleno de páginas que nos impulsan a luchar por nuestra igualdad. Contestamos por ello a la pregunta que muchas mujeres se hacen —¿Se puede ser cristiano y mujer?— con un sí rotundo pero esperanzador de un cambio.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUTISTA, Esperanza, *La mujer en la Iglesia primitiva*, Verbo Divino, Estella 1993.
- BORRESEN, Kari Elisabeth (Ed.), *The image of God. Gender models in judaeo-christian tradition*, Fortress Press, Minneapolis 1995.
- BROWN, Peter, *El cuerpo y la sociedad*, Muchnik, Barcelona 1993.
- BYNUM, Caroline Walker, *Holy feast and Holy fast*, University of California Press, Berkeley 1988.
- CORLEY, Kathleen, *Private women, public meals*, Hendrickson, Peabody 1993.
- GARCÍA ESTÉBANEZ, Emilio, *¿Es cristiano ser mujer?*, Siglo XXI, Madrid 1992.
- GÓMEZ-ACEBO, Isabel, *Dios también es madre*, San Pablo, 1994.
- GÓMEZ-ACEBO, Isabel (Ed.), *Relectura del Génesis*, Desclée de Brouwer, 1997.
- JENSEN, Anne, *God's self confident daughters*, Westminster John Knox Press, Louisville 1996.
- KRAEMER, Ross Shepard, *Her share of the blessings*, Oxford University Press, N. York 1992.
- MALINAS, Bruce J., *El mundo del Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 1995.

- MERCHANT, Caroline, *The death of nature. Women, ecology and the scientific revolution*, Harper and Row, N. York 1979.
- NAVARRO, Mercedes (Ed.), *Para comprender el cuerpo de la mujer*, Verbo Divino, Estella 1996.
- NAVARRO, Mercedes (Ed.), *Diez mujeres escriben teología*, Verbo Divino, Estella 1993.
- PAGELS, Elaine, *The gnostic gospels*, Vintage, N. York 1989.
- PIKAZA, Xavier, *La mujer en las grandes religiones*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1991.
- PRIMAVESI, Anne, *Del Apocalipsis al Génesis*, Herder, Barcelona 1995.
- RUETHER, Rosemary Radford, *Sexism and God talk*, SCM Press, London 1983.
- SCHOTTROFF, Luise, *Lydia's impatient sisters*, Westminster John Knox Press, Louisville 1995.
- SCHÜSSLER, Fiorenza E., *En memoria de ella*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1989.
- TORJESEN, Karen Jo, *When women were priests*, Harper and Row, San Francisco 1995.